

DE LA MANO DE BRANDT, UN HOMBRE AL QUE MUCHOS ALEMANES DETESTAN

ALEMANIA ha abandonado su lecho de enfermo, Alemania puede ya andar otra vez. Utilizando sus enormes fuerzas, totalmente recuperado, el país avanza por el camino espinoso de la política. Que este camino sea auténtico o que sea un callejón sin salida no cambia absolutamente nada: en ambos casos, el peligro es el movimiento, el movimiento político.

Desde hace veinticinco años, la gente lo viene repitiendo una y otra vez: el día en que los dos grandes vencidos de la última guerra —Alemania y el Japón— dispongan de un poder político a la medida de su monstruosa potencia (¿no son tal vez los dos futuros grandes?), la política mundial sufrirá un gravísimo trastorno. Ahora bien, todo parece indicar que, por lo menos para Alemania, ese día ya ha llegado. Por primera vez desde la guerra, el jefe de Gobierno de la Alemania Federal trata directamente con Moscú y juega valientemente nuevas cartas políticas. ¿No es más bien sintomático? La potencia económica alemana es una realidad que no puede ofrecer ninguna duda...

UN PECULIO GIGANTESCO

Alemania es un «gigante industrial» monstruosamente rico y eficaz, puntual, impávido y perfectamente aceitado, igual que un maravilloso robot. Alemania Occidental es hoy en día la segunda potencia económica mundial, inmediatamente después de los Estados Unidos. Actualmente, sus reservas en oro y divisas alcanzan los 44.000 millones de DM, es decir, unos 12.000 millones de dólares, más oro que el que hay en Fort Knox, reserva federal norteamericana. Si Alemania quisiese (es decir, si tuviese medios para quererlo), Alemania Occidental podría, ella sola, «reventar» el dólar...

Este gigantesco peculio lo ha ido acumulando la economía alemana casi a pesar suyo; a pesar, por ejemplo, de la revaluación de otoño de 1969. Esta revaluación (que aumentaba en casi un 8 por ciento el precio de las exportaciones alemanas), tenía como objetivo reducir sensiblemente el excedente de la balanza comercial alemana. Remedio clásico. Pero en esa ocasión, remedio insuficiente: a pesar de la revaluación, Alemania Occidental «ganó» en 1970 4.000 millones de dólares aproximadamente. ¿Por qué oscuro misterio? Al principio se

¿HACIA UNA EUROPA ALEMANA?

JOSETTE ALIA - GERARD SANDOZ

creyó que era porque los industriales alemanes habían preferido reducir sus beneficios y exportar al precio antiguo a donde fuese posible, con el fin de no perder los mercados extranjeros tan penosamente conquistados. Pero esta política comercial no podía durar demasiado. Durante el 1970, los precios alemanes empezaron a subir vertiginosamente: en menos de un año, los precios de los bienes de equipo aumentaron en un 13 por 100. Cifra fabulosa. Sin embargo, la industria alemana conservó sus clientes. Hubo que rendirse a la evidencia: si se seguía comprando más caro en Alemania era porque ningún otro país podía competir con los germanos en calidad y rapidez de entrega. Alemania disponía, pues, de una especie de monopolio técnico en varios sectores esenciales.

He ahí por qué la Alemania de 1971 continúa exportando a pesar de todo, el 60 por 100 de su producción automovilística, el 45 por 100 de su construcción naval, el 39 por 100 de sus máquinas, el 28 por 100 de sus productos químicos, es decir, más del 20 por 100 de su producto nacional (contra el 12 por 100 en Francia). Sus empresas son, por término medio, dos veces mayores que las francesas. Su industria pesada es dos veces más pesada que la francesa, y da empleo a un total de 13 millones de obre-

ros (el 48 por 100 de la población activa). A principios del pasado invierno, había en Alemania 815.000 puestos de trabajo vacantes, y ello a pesar de los dos millones de trabajadores extranjeros.

LA "STAGFLATION"

Es natural, pues, que uno se pregunte: «Pero, ¿qué es lo que hacen?». No es ningún misterio: a riesgo de llenarse de deudas, los industriales alemanes dedican la mitad de sus inversiones al incremento de la productividad (automatización, modernización, adquisición de maquinaria).

Sin embargo, no todo el monte es orégano. Desde el otoño pasado hay algo que no marcha como es debido. Parece como si algún mecanismo estuviese estropeado: a pesar del alza considerable de los precios industriales, los beneficios disminuyen. Los industriales alemanes, por primera vez intranquilos, reducen sus inversiones.

Bajo los efectos de la recesión americana, del estancamiento francés e italiano, las agendas de pedidos de los exportadores cada vez aparecen más vacías. Un neologismo, muy feo por cierto, importado de Estados Unidos (lo cual no deja de ser significativo), acaba de hacer su aparición: la «stagflation» —contracción de la inflación—, y conjugación de

«estagnación (estancamiento) en dos fenómenos hasta ahora contradictorios, pero que ahora parecen ir unidos... El coste de la vida ha aumentado en un 4 por 100 en 1970 y volverá a aumentar en un 3 por 100 en 1971. No es ninguna catástrofe —Alemania puede soportarlo—, pero hay que recordar que, desde 1929, la más ligera amenaza de inflación en ese país puede provocar en cualquier momento un verdadero pánico.

No obstante, el Gobierno germano acoge estas cifras con serenidad. Y es que, en realidad, los precios mundiales suben. Si los precios alemanes no se ajustasen a ese movimiento, sería precisa una nueva revalorización del marco alemán, lo que no constituiría una buena operación política. El ministro de Economía se preocupa más bien de evitar una recesión que llevaría a los socialdemócratas a una derrota electoral en las elecciones de 1971: ya ha anunciado, por ejemplo, un «nuevo impulso» para el próximo verano mediante inversiones públicas.

¿Bastará esto? Probablemente, no. Pues el «gigante industrial» tiene sus puntos débiles, que tal vez no tarden en hacerse patentes. En efecto, la economía alemana se basa principalmente en las industrias tradicionales: mecánica, siderúrgica, óptica, química. Hasta ahora no se ha preocupado demasiado de los sectores punta, como la electrónica, la industria nuclear, la aeronáutica. La investigación a largo plazo, por ejemplo, está mucho menos desarrollada en Alemania que en otros países. Lo mismo ocurre con la formación superior: se gradúan en Alemania 55.000 bachilleres al año, contra 200.000 en Francia; el número total de estudiantes en la República Federal es de 240.000, contra los 600.000 de Francia. En Alemania, la formación ha estado siempre más cerca del taller que en Francia, donde tiene un carácter más «intelectualista». Como consecuencia, la industria alemana es más técnica que científica, ejecuta a la perfección, pero crea sólo raramente.

Esto es lo malo de la fabulosa herencia que recibieron, en 1969, los socialdemócratas. Brandt corre así el riesgo de pagar los vidrios rotos de la política sistemáticamente seguida, desde 1945, por la gran burguesía alemana cristiano-demócrata.

Era más rentable y menos pe-

¿HACIA UNA EUROPA ALEMANA?

ligroso orientar la cultura hacia objetivos inmediatos y prácticos, antes que permitir el desarrollo de ideologías «gratuitas», quizá perturbadoras del nuevo orden social. Fue durante veinticinco años la política que siguieron Adenauer y sus sucesores. Con los resultados de todos conocidos: en el plano económico, una enorme máquina de cabeza pequeña. En el político, dramáticos problemas educativos y una ideología de las clases dirigentes, que, durante mucho tiempo, resumió perfectamente la siguiente frase de Adenauer: «Una victoria del S. P. D. sería el hundimiento de Alemania y de todo el Occidente». Sobrentendido: somos los únicos capaces de gobernar. Los demás no son más que plebe, vulgaridad, incompetencia...

Hay que tener en cuenta todo esto para apreciar en su justo valor la importancia del ascenso al poder de Brandt. Brandt es todo lo que un buen alemán detesta: en primer lugar, hijo natural, su madre era camarera de un restaurante de Lübeck. Fue obrero. Antinazi activo. Abandonó la Alemania del III Reich en 1933 y vivió en Escandinavia durante el período hitleriano. Su mujer, Rut, es noruega, y sus dos hijos, izquierdistas, se visten de vez en cuando como «hippies». Y por si esto no bastara, Brandt es de Lübeck, es decir, Alemania del Norte, una tierra llana batida por los vientos marinos, el país gris y esponjoso de Günter Grass, donde las viejas, secas como la leña, siguen llevando siete enaguas color de patata...

EL "CONTACTO" DE BRANDT

Esos alemanes miran hacia el Báltico, hacia la Gran Bretaña marítima, y son tan poco sensibles a la lóbrega mitología de los leñadores wagnerianos como a la grosera alegría de los bebedores de vino renanos. No, los burgueses alemanes no pueden perdonarle nada a Brandt. Y mucho menos a su «brain trust», por él constituido a su imagen y semejanza.

Son cuatro los que le rodean: dos soviétólogos, Herbert Wehner y Leo Bauer, un tecnócrata dinámico y frío, Horst Ehmke, y, finalmente, Egon Bahr, su amigo más íntimo, el «inventor» de la «Ostpolitik». En suma, un equipo salido del «clan de exiliados-resistentes-antinazis», y, por lo tanto, en ruptura total con la Alemania conservadora.

Primer escándalo: Wehner y Bauer son antiguos comunistas. Wehner (presidente del grupo parlamentario del S. P. D., vicepresidente del partido social demócrata) tiene sesenta y cinco años. Es hijo de un zapatero.



Brandt es el tipo exacto que detestan millones de alemanes: hijo natural, ex obrero, antinazi activo, exiliado en Escandinavia durante la época hitleriana, casado con una noruega, con hijos izquierdistas y, además, nacido en Lübeck... El viernes 12 se anunció oficialmente en Bonn que un grupo extremista intentó secuestrar al canciller y al ministro Horst Ehmke, para canjearlos por Mahler, abogado berlinés detenido bajo acusación de asesinato.

Muy joven se afilió al partido comunista alemán, que abandonaría al acabar la guerra. Fue el principal responsable de la revisión del S. P. D. en 1959. Y el que, apelando al realismo, animó a los social-demócratas a entrar en la «gran coalición» con la C. D. U., lo que sirvió para abrirles las puertas del Gobierno. Wehner simboliza, para los socialistas alemanes, «el adiós al socialismo utópico» y la conversión a un razonable socialismo «escandinavo».

Leo Bauer fue también comunista, y durante más tiempo que Wehner. Tiene actualmente cincuenta y siete años. Fue elegido por el P. C. en el land de Hesse nada más acabar la guerra. En 1950, los rayos del estalinismo caen sobre su cabeza, en Berlín Este. Condenado primero a muerte (por espionaje) y luego a veinticinco años de prisión política. Afortunadamente, con la desestalinización consigue la libertad en 1955. Disgustado por la «ilusión bolchevique», seguirá siendo, no obstante, el «contacto» de Brandt con los partidos comunistas extranjeros —incluidos los soviéticos.

LA "OSTPOLITIK"

Junto a estos dos conocedores del mundo comunista, podemos citar a Egon Bahr, cuarenta y siete años, secretario de Estado, amigo íntimo de Willy Brandt y verdadero inventor de la «Ostpolitik». Bahr, expulsado de la escuela bajo el régimen nazi por ser su abuela de raza judía, siguió a Brandt hasta Berlín, en 1947. En 1951, justo después de que se levantase el «muro de la vergüenza», Bahr tuvo una genialidad: «Todo ha cambiado —le diría un día a Brandt—, ya no se trata de esperar la liquidación de los regímenes comunistas. Hay que reconocer su realidad, hay que entenderse con el Este sobre la base de una coexistencia razonable». Por aquella época nadie quiso escucharle. Salvo Brandt, que se acordó de la predicción y confió a Bahr, en 1970, las delicadas negociaciones que debían culminar en los tratados con la Unión Soviética y Polonia...

Y, finalmente, la pieza maestra: Horst Ehmke, cuarenta y cuatro años, el Kissinger del palacio de Schaumburg, el «computador vivo», el «especialista en todo», el que contesta a su chófer cuando éste le pregunta a dónde quiere que le lleve: «A donde me necesiten...» Y hay mucho de verdad en ello. Fue precisa su ayuda para modernizar una administración tan anticuada, «que no faltaba, en aquellas oficinas carentes de archivos, más que la arena para secar la tinta». Ehmke se encargó también de explicar a los desconfiados americanos que la «Ostpolitik» no afectaría en nada a los vínculos con el Oeste. Ehmke es y será necesario en el Gobierno de Brandt; se recurrirá a él para convencer, para arreglar las cosas, para lubricar los engranajes de la máquina política del actual canciller.

Una hermosa máquina, eficaz, aunque quizá demasiado sofisticada para Alemania. En esta sociedad alemana, las relaciones entre Brandt y la C. D. U. pueden llegar a un grado sorprendente de pasión y de odio. Y el canciller está de acuerdo: es en su país, en Alemania, donde tropieza con las oposiciones más duras y donde recibe los más bajos golpes. El sabe que no se escatiman medios para minar su prestigio, desacreditar a sus amigos, comprometer su política.

Entre estos medios está el ataque directo («¡Brandt, a la horca!», «¡Muerte a Brandt!»), se ha gritado en más de una reunión pública. Y a fines de la última semana, una banda de extremistas trató de secuestrarle, junto con Ehmke). Está también, mucho más sutil, la maniobra política: la C. D. U. ha enviado a Moscú a

Gerhard Schroeder y a Varsovia a Rainer Barzel, dos de sus eminentes representantes, con la misión de explicarles a los orientales que también los cristiano-demócratas pueden practicar la apertura, y una apertura mucho más eficaz que la del régimen en el poder. Y estas maniobras —más cerca de las guerrillas irresponsables que de la ofensiva concertada— van dirigidas tanto contra Strauss, ala derecha del C. D. U., como contra el propio canciller. Pero brindan a los soviéticos un pretexto que ni soñado para, si así lo prefieren, torpedear la «Ostpolitik» de Brandt. Les bastaría con cambiar públicamente de «socio» para acabar con la pequeña mayoría del S. P. D. (seis voces liberales en el Bundestag). Aunque fuese para denunciar, acto seguido, la mala fe de los «revanchistas» de la C. D. U. vueltos al poder...

DOS IMAGENES

Ahora bien, de la apertura al Este depende actualmente el futuro político de Brandt y el porvenir de Alemania, cosas ambas que no pueden dejar indiferente a ningún europeo. ¿Conseguirá Brandt triunfar plenamente con su política de apertura? Ahí está el quid de la cuestión.

A últimos de 1970, el semanario norteamericano «Time» designaba al canciller como «hombre del año» y le dedicaba una triunfal portada futurista en la que su rostro de acero se recordaba como troquelado en una plancha de metal, símbolo evidente de una Alemania que, hasta dividida, espanta. El homenaje estaba justificado. Willy Brandt ha conseguido en menos de un año hacer casi olvidar el horrible pasado de su país y marcarle a éste nuevos objetivos. Aun a riesgo de forzar el curso de los acontecimientos en un momento en que, en todas partes, la pasividad era casi norma... ¿El pasado? Para borrarlo ha tenido que asumirlo enteramente. ¿El porvenir? Para asegurarlo se ha visto obligado a hacer frente a las realidades.

Dos imágenes resumen perfectamente su actitud, mezcla de generosidad y de coraje político: Willy Brandt arrodillado sobre el granito del «ghetto» de Varsovia, con lágrimas en los ojos, en el silencio chisporroteante de las antorchas, ante el monumento a los mártires judíos asesinados por los nazis. Y Willy Brandt, un poco después, firmando con los dirigentes polacos un tratado que es esencialmente un mapa: el mapa de la nueva frontera germano-polaca, por la que Alemania acepta pagar el precio de su

locura, de sus guerras, de su derrota. Un precio ciertamente elevado: renuncia a Pomerania, a Prusia Oriental, a Silesia, es decir, a un total de 60.000 kilómetros cuadrados de territorios alemanes.

¿Qué pide a cambio Willy Brandt? Algo que ya solicitaba Adenauer en 1945, «año cero» de la Alemania Federal: «Reintegrar a nuestro país en el juego político internacional».

Veinticinco años después, Willy Brandt persigue el mismo objetivo, pero por caminos diferentes, mejor adaptados al actual contexto de distensión: Brandt opina que, sin tener que abandonar la alianza occidental, hay que «modificar el clima» político en el campo comunista. Para ello es preciso eliminar, en primer lugar, lo contencioso (lo que se ha realizado mediante los tratados de Moscú y de Varsovia) y establecer con los países del Este relaciones comerciales, primero, y relaciones más amplias después, con el fin de contribuir a una cierta «liberalización» de la zona comunista. Para ello, los germanos confían en la acuciantes necesidad («el hambre tecnológica») que tienen los soviéticos de capitales, técnicos, productos y procedimientos alemanes.

La operación debería tener éxito. Y por ahora lo está teniendo. Pero en el pasado mes de enero de 1971, a la hora de hacer el primer balance de su «Ostpolitik», Willy Brandt no se muestra tan optimista, y uno comprende el porqué. Es verdad que ha levantado el ostracismo de Moscú contra los «revanchistas» de Bonn y ha subvertido la «visión» alemana de las relaciones Este-Oeste. Esta conquista decisiva quedará inscrita en la Historia, pase lo que pase. Pero Brandt se ha dado cuenta de que tropezaba con la hostilidad de soviéticos y americanos, convergencia que va más allá de la pura coincidencia. ¿Qué se le reprocha? El ir demasiado de prisa (Pompidou se lo ha repetido varias veces).

Hay una manera muy sencilla de torpedearle: por imprudencia (pero, ¿qué otra cosa podía hacer?). Brandt ligó la ratificación de los tratados de Moscú y Varsovia a una previa solución del problema de Berlín. Esto equivalía a entregarse atado de manos a los Grandes, quienes, desde hace tres meses, no hacen más que multiplicar sus maniobras dilatorias. De hecho, ni unos ni otros están conformes con la política de Brandt.

LA DESCONFIANZA DE SIEMPRE

Lo mismo los soviéticos, que han obtenido de la Alemania Federa-

ral sustanciales concesiones, que los norteamericanos están firmemente decididos a mantener sus tropas por razones, militares y políticas, extrañamente paralelas:

1. En el plano militar.—Toda solución duradera de los problemas planteados en la Europa Central supone expresamente (se trata de uno de los puntos esenciales en que se basa la «Ostpolitik») una retirada progresiva y simultánea de las tropas americanas y soviéticas, que regresarían a sus países respectivos. Ahora bien, los soviéticos se niegan rotundamente a esto, sobre todo a partir de la crisis checoslovaca y más aún ahora con los incidentes de Polonia.

Los norteamericanos, por su parte, saben que el Ejército de la Alemania Federal, pilar «clásico» de su defensa europea, no puede combatir más que con su ayuda y bajo la protección atómica estadounidense, cuya retirada no aceptarían en ningún caso.

2. En el plano político.—La Unión Soviética teme que sus «marcas» orientales, atacadas ya por el bacilo de la duda, se vean contaminadas completamente por lo que Ulbrich llama el «virus social-demócrata de la liberalización». Los americanos, por su parte, acusan a Brandt de no tener demasiado de cuenta sus negociaciones «planetarias» con la Unión Soviética: no puede concederse a los soviéticos una distensión «local» en Europa sin exigirles una contrapartida: negociaciones Salt, Próximo Oriente, océano Índico...

Y tenemos, por último, un argumento que utilizan todos, americanos, soviéticos, franceses, británicos: no es sensato conceder a Bonn una libertad de maniobra que pronto se traduciría en iniciativa política.

Sin embargo, nada más peligroso que tener a Alemania en semejante ostracismo. Pues a la frustración vendría a añadirse el rencor: hasta ahora, los alemanes sólo podían culpárselo a sí mismos por su falta de iniciativa política. Pero Willy Brandt ha levantado la hipoteca. Ha demostrado coraje y lucidez; ha aceptado, en nombre de Alemania, los más duros sacrificios; y todo, ¿para qué? Para descubrir que esta última humillación ha sido inútil. Que su país sigue maniatado políticamente. Que está en un callejón sin salida. Situación imposable, de la que un día Alemania querrá salir sea como sea. Y entonces quizá haya que temer no ya una «Europa alemana», sino una explosión mucho más grave, una explosión chauvinista. ■ J. A. y G. S.

NOTA DE RECTIFICACION DEL I. N. E.

Remitida por la Dirección General de Prensa, recibimos la siguiente nota de rectificación del Instituto Nacional de Estadística, que, publicamos de acuerdo con lo establecido en el artículo 62 de la vigente Ley de Prensa e Imprenta y en el artículo 5.º del Decreto 745/1966, de 31 de marzo.

El Instituto Nacional de Estadística, poniendo punto final con esta nota a las posibles contestaciones que pudieran motivarse y aclarando nuevamente algunos términos vertidos en la respuesta de don Arturo López Muñoz a la nota de este Instituto, publicadas en la revista TRIUNFO de fecha 9 de enero, con respecto al cálculo del índice del coste de vida, expone los siguientes puntos:

— En primer lugar, lamenta que el autor no haya estudiado la monografía sobre el nuevo sistema de números índices de coste de la vida, publicada por el I.N.E. en 1969. En otro caso sería inexplicable que un profesional solvente que quiere comentar con un mínimo de objetividad el índice de coste de la vida, hable, citándonos como ejemplo, de los calzoncillos a media pierna, del pijama a rayas, de las bombillas de 30 vatios, del regaliz y de la camiseta de felpa, lo cual puede inducir al lector no especialista a suponer que dichos artículos figuran entre los precios considerados para el cálculo del índice del coste de la vida.

Con el fin de disipar cualquier duda o confusión que a este respecto tuviera algún lector, el I.N.E. señala que en el índice de coste de vida, la camiseta que figura es la «camiseta sport», el «slip» y no los calzoncillos hasta media pierna, y el pijama de tejido de popelín de algodón. No figuran en nuestro índice el regaliz ni la bombilla de 30 vatios, sino la de 40 y 60, y sí, en cambio, la leña troceada, citada por el comentarista de TRIUNFO, que aparece con una ponderación del uno por 1.000 del total. Todas estas informaciones se contienen en la citada monografía.

— Por lo que respecta a la encuesta de presupuestos familiares, de su simple lectura y de la monografía citada se deduce que:

a) Los artículos que integran las ponderaciones del coste de la vida no son 550, como dice el señor López Muñoz, sino 255.

b) La publicación de la encuesta de presupuestos familiares aparece con un nivel de desagregación no de 36, sino de 80 rúbricas diferentes, además de agrupaciones entre ellas.

c) En lo que se refiere al grupo

de alimentación, el I.N.E. llevó a cabo una investigación cuantitativa que comprendía 126 rúbricas.

d) En la página 26 de la monografía del coste de la vida se indica que, además de la información de la encuesta anterior, se utilizaron datos primarios de las cartillas de la encuesta, y otras fuentes de información, tales como estadísticas de producción.

El hecho de que, a partir de una encuesta de presupuestos familiares, sea cual fuere su diseño, no se pueda obtener toda la información necesaria para el cálculo de las ponderaciones, es obvio para cualquier profesional que haya trabajado en la materia, ya que las familias, al registrar sus gastos en diversos bienes y servicios, en la mayor parte de los casos no los especifican a un nivel grande de desagregación.

Finalmente, veamos un caso de cómo se han utilizado los datos primarios de las cartillas de presupuestos familiares. La encuesta da, de forma inmediata, el gasto en la rúbrica «restaurantes, cafés y hoteles»; la distribución de esta rúbrica en los tres artículos del índice del coste de la vida «botella de cerveza», «café», «chato de vino» y «colas» se ha obtenido a partir de un examen de las cartillas correspondientes al estrato de referencia, utilizando solamente aquellas en que los datos venían especificados, pues en una buena parte de los casos simplemente se habían anotado los gastos totales en bar.

— Respecto a las Comisiones Central y Provinciales de Coste de Vida, rechazando los infundios emitidos, debemos hacer notar a todos los lectores de TRIUNFO que los únicos condicionamientos que tienen los que forman parte de ellas (representantes de los Ministerios de Trabajo, Agricultura y Comercio, de las Cámaras de Comercio, del Servicio Sindical de Estadística, de los Consejos Provinciales de Empresarios y Trabajadores y del propio I.N.E.), son los de servir a todo el pueblo español, al cual pertenecen, procurando en cuanto a ellas atañe que los precios recogidos reflejen la verdad de lo que sucede.

5 febrero 1971